como elementos promotores del desarrollo regional en las antiguas cuencas mineras. La monografía recoge, en definitiva, la nueva sensibilidad que alumbra entre historiadores y geólogos, una necesaria colaboración para la conservación de lo que ya es memoria de todos.

Juan B. Vilar
Universidad de Murcia

VICTORIA MORENO, Diego (et al.): *Memoria histórica y fotográfica del I.E.S. «Almirante Bastarreche». Cincuenta aniversario (Cursos 1953-54/2003-04)*, Cartagena, I.E.S. Almirante Bastarreche, 2004, 134 pp.

Al menos cuatro lecturas se distinguen en la obra que el lector tiene en sus manos. Para empezar un bien trazado contexto histórico, un estudio nuclear sobre la enseñanza, una referencia a las clases políticas del momento y la memoria gráfica de todo ello en una excelente secuenciación. Tarea nada fácil, cuyo rigor queda asegurado por la sabia pluma de su autor, conocedor profundo de todas y cada una de las problemáticas aquí contempladas.

La Cartagena franquista en la que el profesor Diego Victoria fundamentalmente enmarca su análisis responde a una propuesta corporativa gestionada por el Ejército, la Iglesia y la burocracia falangista. Los militares aparecerán como los principales depositarios del poder. Desde la ocupación oficial de la ciudad –31 de marzo de 1939– su control sobre las instituciones será completo. Un denominado Servicio de Restablecimiento de la Vida Civil, anexo a la Auditoría de Guerra, recibirá el encargo de nombrar las corporaciones iniciales, en cuyo seno estarán representados hasta el final de la dictadura. La subordinación con respecto al estamento castrense será absoluta. Capitanes generales y gobernadores militares darán la pauta de los comportamientos a seguir. Reiterados discursos sobre la victoria de las armas, desfiles e intervenciones en los más variados eventos, recordarán esa preeminencia. La ciudadanía sólo existirá como refrendo de su hegemonía. Fueron también los garantes de la justicia, papel más que visible en los primeros años, cuando dieron vida a cuatro consejos de guerra permanentes y a 57 juzgados instructores. Incoarán miles de causas por auxilio a la rebelión y en aplicación de la ley de la Represión de la Masonería y el Comunismo. Participarán, asimismo, en la depuración de los funcionarios.

Aquella imagen de dureza –drásticamente extendida hasta 1945– se quiso contrarrestar poniendo énfasis en las prendas de eficacia y paternalismo que supuestamente les adornaban. Los medios de comunicación ensalzarán así la figura del almirante Bastarreche, de quien hacen ver ha dependido la traída de aguas del Taibilla y de quien resaltan sus virtudes patriarcales. La exaltación culminará el 27 de noviembre de 1943 cuando el

concejo municipal le haga entrega del título de *hijo adoptivo y predilecto de Cartagena*. Ocultan, empero, su activa labor represiva.

La Iglesia, en maridaje con el Estado, obtendrá un predicamento jamás soñado, hasta el punto de poder hablarse de *nacionalcatolicismo*. Asumirá como objetivo preferente la moralización de la sociedad. Se organizarán actos en memoria de los *caídos*, en desagravio de imágenes y templos, llegándose a la entronización del Sagrado Corazón de Jesús en las Casas Consistoriales. Una demostración del pietismo de los tiempos imitada por los vecinos del barrio de Peral. Serán potenciadas las atenciones espirituales. Las «Santas Misiones» proliferan tanto en la urbe como en barrios y diputaciones. Menudean las misas de campaña, los ejercicios espirituales y los *vía crucis*. Y, como no puede ser menos, se estimula el carácter penitente de la Semana Santa. Iniciativas recristianizadoras que tuvieron su proyección más acabada en la enseñanza, contemplándose la apertura de numerosos centros educativos: Padres Paúles, Maristas, Escuelas Cristianas, Franciscanos, Hijas de la Caridad (hábito azul y negro), Carmelitas, Adoratrices y Lasalle.

A la Falange se le reserva un puesto preponderante en la vida política local. De esta forma la presencia de *camisas azules* en el ayuntamiento será otra de las constantes a subrayar. Por lo demás, la necesidad de contar con unos colaboradores de confianza amparará su ingreso en la administración pública, recogiéndose en todas las escalas de méritos la posesión del carné. Se convirtió en una burocracia subalterna, pronto alejada de sus pretensiones totalitarias. La extracción de sus militantes denota un origen pequeñoburgués. Es antes que nada el círculo de los estudiantes, de los funcionarios, de las profesiones liberales, de algunos militares y marinos y de los señoritos sin oficio ni beneficio. Intentarán reclutar a las masas, aunque los resultados no fueron los esperados. Si en un principio consiguieron la afectada adhesión de quienes veían en su uniforme un *salvavidas*, pasados los años difíciles se les aproximaron las clases medias en busca de ascenso y prebendas.

Justamente será esa mesocracia el fundamental apoyo sociológico del régimen. En ciudades como Cartagena la ausencia de una sólida clase burguesa les asegura una participación dirigente. Nutrirán los mandos castrenses y falangistas y serán los exclusivos destinatarios de las empresas pedagógicas de la Iglesia. Fueron, por que no decirlo, los principales beneficiarios de las corruptelas del momento. La ineficaz asignación de recursos y la subsiguiente escasez permitieron la aparición del *mercado negro*. En el negocio participaron mineros –Celdrán–, fabricantes –Magro o Conesa– y un engrosado renglón de comerciantes: Pérez Nieto, Balsalobre, Adán, Fermín Tárraga, Legaz Pagán, Belchí, Pérez Campos, Lorente, Alcantud, Rosique, Madrid, Peñalver o García Pagán.

Los trabajadores, o *productores* como eran denominados en la nomenclatura de la época, perdieron cualquier atisbo de protagonismo. La liquidación de sus esperanzas será el desenlace de la guerra civil. A la forzada emigración de los más comprometidos se agregará una dura coerción: 176 fusilamientos entre 1939 y 1945. Todo ello asegurará una larga etapa de atonía. Serán encuadrados en un sindicato vertical donde les resultará

imposible defender sus intereses de clase. Lejos de ello, la CNS tratará de inculcarles: «... el sentido militar de la vida y, por lo tanto, del trabajo...». Con aquel talante la localidad vio nacer en 1940 una *Centuria del Trabajo*, «... para ganar la gran batalla de nuestra reconstrucción nacional...».

Los cambios económicos comenzaron a hacer periclitar los fundamentos de un orden de raíz agraria. El fenómeno más llamativo fue el crecimiento de los operarios industriales y el paralelo dimensionamiento de la periferia urbana, surgiendo toda una serie de barrios extramuros. La nueva clase obrera ofrece unas características muy diferentes a la de la etapa anterior. Ha variado su composición. La progresiva industrialización del término ha originado una intensa demanda de técnicos y de mano de obra especializada, disminuyendo el número de peones. A ello responde el desarrollo de la Formación Profesional del que se da cumplida cuenta en las páginas que glosamos.

Tales son las coordenadas en las que el profesor Victoria Moreno, especialista en la historia de la educación y profundo conocedor de la Cartagena contemporánea, aborda el análisis de un instituto de Formación Profesional por el que han pasado generaciones enteras de trabajadores. Una aportación brillante que contempla con rigor las claves de su surgimiento. Se vincula así el crecimiento económico de la etapa con la necesidad de una mano de obra cualificada, el papel del Frente de Juventudes y de la Organización Sindical, sin olvidar el carácter de aparato ideológico de todo el entramado. Se completa hasta el presente con las aportaciones de Antonio Verdú Sánchez, Antonio Arroyo Jerez y la memoria colectiva de profesores y alumnos. Una ajustada cronología estructura la monografía: nacimiento (1953-1958), despegue (1959-1975), incertidumbre (1975-1985), relanzamiento (1985-1992) y momento actual (1993-2004).

El trabajo se acompaña con un excelente corpus fotográfico enteramente inédito que recupera con aires de No-Do la vida de la institución: alumnos, talleres, profesores, fines de curso, entrega de diplomas, ministros, gobernadores, alcaldes, obispos y un almirante de paisano que apenas se cambia de traje a pesar de sus seguras manchas. Una visión tan rica en matices como la primera. No cabe duda de que la obra de Diego Victoria Moreno, con cuya amistad me honro desde que compartíamos esperanzas y apuntes en el Instituto Isaac Peral allá por el año de 1972, es el mejor homenaje posible a los primeros cincuenta años del «Almirante Bastarreche» y, en particular, a los que lo habitaron.

Pedro Mª Egea Bruno
Universidad de Murcia